

A D O N A I S Y O T R O S  
P O E M A S

---

P E R C Y B I S S H E  
S H E L L E Y

Libros Tauro

ADONAI S

I

Murió Adonáis y por su muerte lloro.  
Llorad por él aunque el ardiente llanto  
no deshaga la nieve que le cubre.  
Y tú, hora fatal, la que escogida  
fue de los años para que él muriese,  
despierta a tus oscuras compañeras,  
muéstrales tu dolor y di: conmigo  
murió Adonáis y mientras que el futuro  
al pasado no olvide, su destino  
y su fama serán eternamente  
un eco y una luz para los hombres.

II

Cuando Adonáis murió di, ¿dónde estabas?  
¿En dónde estabas tú, madre potente,  
cuando tu hijo yacía traspasado  
por el dardo que surca las tinieblas?  
¿En dónde estabas tú, perdida Urania?  
Allá en su paraíso, sentada entre los Ecos  
vigilantes y mientras con suspiros  
amorosos y blandos reanimaba  
una de las ya marchitas melodías,  
con las que, como flores que se burlan  
del cadáver, ornar y esconder quiso  
el futuro volumen de la muerte.

## III

Melancólica madre, vela y llora,  
por Adonáis, difunto, vela y llora!  
Mas ¿para qué? En su ardiente lecho apaga  
tus encendidas lágrimas y deja  
a tu gimiente corazón que guarde  
tan silencioso sueño como el suyo.  
Porque se fue, hundido en donde todas  
las bellas cosas graves descendieron,  
no sueñes ¡ ay!, que el amoroso abismo  
te lo devuelva aire. No. La muerte  
devorando su voz muda se ríe  
de tu desesperanza y de la mía.

## IV

Tú, la más musical lamentadora,  
llora otra vez la muerte del poeta,  
anciano, ciego, en vida abandonado,<sup>1</sup>  
cuando pisoteaban el orgullo  
de su patria infeliz, cuando el tirano,  
el clérigo y el pueblo la humillaban  
con sus sangrientos ritos de lujuria.  
Al penetrar sin miedo en los oscuros  
dominios de la muerte, su alma clara  
permaneció reinando sobre el mundo,  
hijo tercero de la luz gloriosa.

---

<sup>1</sup> El poeta se refiere a Milton (*N. del E.*).

## V

Tú, la más musical lamentadora  
llora y gimo otra vez porque no todos  
a tan gran esplendor subir osaron;  
y más felices los que conocieron  
su dicha y cuya antorcha brilla aún  
en la noche del tiempo en que los soles  
han muerto; más sublimes los heridos  
por la envidiosa cólera del hombre  
o de los dioses, que derrumbaron  
fundidos en su aurora refulgente.  
Y otros viven aún y van pisando  
el sendero espinoso que conduce  
a través de los odios y fatigas  
a la mansión serena de la fama.

VI

Tu más joven y amado niño ha muerto,  
el de tu viudedad; creció cual pálida  
flor cultivada por doncella triste  
y nutrida con lágrimas de amor  
inconsolable en lugar de rocío.  
¡Tú, la más musical lamentadora,  
llora de nuevo tu esperanza última!  
Perdida está la flor, sus mustios pétalos  
murieron sin abrirse en la promesa  
de su fruto mejor. El lirio amado  
quebrado duerme y la tormenta pasa.

VII

A esa alta capital en donde reina  
con una corte pálida la muerte  
subió y pagando con su aliento puro  
en la gloria compró morada eterna.  
Retírate de prisa. Mientras sea  
un azul día italiano el mejor cielo  
para su osario, mientras él repose  
en un sueño cubierto de rocío,  
no le despiertes, no, porque es seguro  
que halló su plenitud en la gran calma  
de su profundo y líquido descanso,  
porque todo lo malo dio al olvido.

## VIII

¡El no despertará, ¡ ay!, nunca, nunca.  
Dentro, en la tenue cámara se esparce  
veloz la sombra de la blanca muerte  
y la invisible corrupción espera  
en tal puerta dar fin a su camino  
encontrando su turbia residencia.  
El ansia eterna está sentada, pero  
el terror y la lástima calmaron  
su desteñida rabia y no se atreve  
a devorar su. víctima preciosa  
hasta que las tinieblas y los años  
no acaben de correr sobre su sueño  
la cortina mortal que ya le oculta.

IX

¡Llorad por Adonaï s! Los sueños rápidos,  
los pensares con alas de pasión,  
huyeron en bandadas desde el vivo  
torrente que su espíritu nutría,  
enseñando el amor como una música.  
No vuelan más ardiendo en la memoria  
y perecen allí donde nacieron.  
Lloran su triste pérdida girando  
sobre su helado corazón, en donde  
ya no recobrarán fuerzas perdidas  
ni después de tan dulce pena nunca  
encontrarán de nuevo una morada.

## X

Quien con sus manos temblorosas coge  
su cabeza helada y lo abanica  
con sus alas de luz lunar, clamando:  
«Nuestro amor y esperanza, nuestra pena,  
no murió, no; contempla en los sedosos  
párpados de sus ojos doloridos,  
como el rocío en una flor que duerme,  
una lágrima quieta desprendida  
del corazón de un sueño». ¡Ángel perdido  
de un paraíso en ruinas! Ay, no supo  
que era su propia lágrima y sin rastro  
desvaneciéndose igual que blanca nube,  
que derramó su lluvia lentamente.

## XI

Quién enjuagó los delicados miembros  
desde la urna de estelar rocío,  
y embalsamó su cuerpo; cual cortaba  
abundantes sus rizos en guirnalda  
como depositando una corona  
engastada con perlas de su llanto;  
cuál, quebrantó las flechas, rompió el arco,  
consciente del dolor que la oprimía,  
atajando con pérdida más débil  
la pérdida mayor y amortiguando  
el fuego agudo contra el rostro frío.

## XII

Otra luz se posó sobre su boca,  
aquella boca fina, acostumbrada  
a sorber un aliento que tenía  
fuerza para adentrarse en los ocultos  
espíritus y entrar al palpitante  
profundo corazón, con brillo y música.  
La húmeda muerte sobre el yerto labio,  
extinguió sus caricias, meteoro  
agónico que cruza la fría noche  
manchando su corona en lunáticas  
luces y nieblas, tal recorrió el pálido  
cuerpo sin vida hasta el total eclipse.

XIII

Llegan también... deseos, homenajes,  
aladas persuasiones y velados  
destinos, esplendores y tinieblas,  
encarnaciones débiles de miedos  
y esperanzas, y tenues fantasías;  
el dolor con familia de suspiros;  
el placer, ciego de lágrimas, guiado  
por el furor que daba su sonrisa  
moribunda en lugar de ojos.  
Vinieron, ay, con una lenta pompa,  
con la pompa que arrastra en las corrientes  
el otoñal desfile de las brumas.

## XIV

Todo lo que él amó, lo que amoldado  
fue por su pensamiento, formas, tonos,  
perfumes y sonidos melodiosos,  
por Adonai s gemían. La mañana  
buscaba la atalaya de la aurora  
y sus cabellos, húmedos de lágrimas  
que son gala del suelo, oscurecieron  
los ojos claros que dan luz al día.  
Distante el trueno sordo se quejaba.  
En un sopor inquieto, el océano  
pálido yacía. En las alturas  
sollozaban los vientos alocados.

XV

Entre montañas mudas recostada  
Eco está alimentando sus pesares  
con el recuerdo de baladas tuyas.  
No responde ni al viento ni a las fuentes  
ni a las amantes aves suspendidas  
sobre la verde espuma de las ramas;  
ni al cuerpo del pastor ni a la campana  
vespertina; ya que imitar no puede  
sus labios, queridos más que aquellos  
cuyos desdenes fallecer lo hacían  
oscureciendo todos los sonidos.  
Un lúgubre murmullo es lo que oye  
el leñador mezclarse con sus cantos.

## XVI

La adolescente primavera, loca  
se volvió de dolor, fingióse otoño,  
lanzando al suelo cual marchitas hojas  
los nuevos brotes. Si se fue su gozo,  
¿el año hostil por quien despertará?  
No tan querido a Febo fue Jacinto  
ni Narciso se amó tanto a sí mismo  
como Febo y Narciso te quisieron,  
¡oh! mi Adonái s; exhaustos y marchitos  
entre sus juveniles compañeros,  
al trocar el rocío por las lágrimas  
cambiaron los perfumes por suspiros.

XVII

El ruiseñor, hermana de tu alma,  
no se duele viuda de su amante,  
no expresa su dolor con tanta música;  
ni el águila se queja cuando sube  
al imperio del sol, como solías  
subir tú mismo, no se queja, nutre  
su juventud sangre de la aurora,  
clamando alrededor del vacuo nido;  
Albion gime por ti con mayor pena.  
Caiga la maldición al asesino  
Caín, sobre la frente del que, herida  
en tu pecho causó, expulsando el alma  
angelical su huésped de la tierra.

## XVIII

¡Ay! ¡Ay de mí! Que en el rodar del año  
el invierno partió luego que vino,  
pero no a mi pesar, aunque los aires  
y las corrientes, con acentos dulces  
goces remueven. Ya las golondrinas,  
las hormigas y abejas reaparecen;  
nuevamente las hojas y las flores  
de la muerta estación ornán el féretro  
y las amantes aves ya se cruzan  
en los jarales, los musgosos nidos  
edificando en montes y praderas;  
ya de sus trances soñolientos vuelven  
verdes lagartos y serpientes de oro,  
como fuego que brota de una cárcel.

XIX

El corazón terrestre emana vida  
para los bosques, ríos y océanos,  
igual que siempre desde la mañana  
grande del mundo, la primer aurora,  
alba de Dios nacida sobre el caos.  
Más blanda luz ostentan en el cielo  
sujetos a sus órbitas los astros.  
Las cosas más humildes se estremecen  
con sacra sed de vida; se difunden;  
y en deleites de amor gastan belleza  
que renuevan con júbilo, potentes.

XX

Por este tierno espíritu tocado  
exhala flores de gentil aroma  
el cadáver leproso; cuando el brillo  
se transforma en fragancia, las estrellas  
encaman para dar luz a la muerte  
y así se burlan del feliz gusano  
que abajo se despierta. Nada muere  
de lo que conocemos. ¿Será todo  
una espada que fuera de su vaina  
por el cielo relámpago es fundida?  
Un momento reluce intenso el átomo,  
luego se apaga en un reposo frío.

## XXI

¡Ay! ¡Que tenga que estar como si nunca  
hubiera en él vivido lo que tanto  
amábamos nosotros, y que sea  
mortal también nuestro dolor! ¿De dónde  
hemos venido y para qué vivimos?  
¿Y de qué escena somos los actores  
o los testigos? Grandes y pequeños  
los confunde la muerte que anticipa  
lo que la vida pide de prestado.  
En tanto que los cielos sean azules  
y verdes sean los campos, la mañana  
empujada será por negra noche  
cuyas sombras la tarde anunciará,  
y los años y meses con gemido  
despertarán a los años y los meses.

## XXII

¡El, no despertará, ay, nunca, nunca!  
La miseria gritó: «Madre sin hijo,  
álzate de tu sueño y con tu llanto,  
con tus suspiros sacia la profunda  
herida de tu pecho, más terrible  
aún que la suya». Todos los ensueños  
que velaban los ojos de Urania,  
todos los Ecos que la voz fraterna  
en sagrado silencio mantenía,  
le gritaron: «¡Levántate!». Obediente,  
igual que un pensamiento a quien hubiera  
mordido la serpiente del recuerdo,  
rápido el esplendor agonizante  
saltó de su reposo de ambrosía.

## XXIII

Se irguió como una noche del otoño  
que nace por oriente y sigue loca  
con temblorosas alas eternas  
al triste día de oro, como un negro  
fantasma que abandona el catafalco  
con un cadáver más sobre la tierra.  
Miedo y dolor hirieron de este modo,  
despertaron, raptaron de este modo  
a Urania, y de este modo hicieron  
un ambiente de niebla tormentosa  
en torno suyo; así la arrebataron  
por su camino trágico hasta el triste  
lugar en donde su Adonai s yacía.

XXIV

De su secreto Edén salió corriendo  
atravesando campos y ciudades,  
sobre un áspero suelo en donde había  
entre el hierro y las piedras, corazones,  
humanos corazones que eran duros  
a las leves pisadas, que le herían  
las plantas delicadas e invisibles;  
sobre lenguas agudas, por punzantes  
pensamientos corrió, que laceraban  
la suave forma a la que no pudieron  
nunca vencer, cuya bendita sangre,  
como jóvenes lágrimas de mayo,  
pavimentaba con eternas flores  
el ingrato sendero recorrido.

## XXV

En la cámara fúnebre un momento  
enrojeció la muerte que humillada  
ante tal poder vivo aniquilóse.  
Alentaron de nuevo aquellos labios  
y destelló la luz de la existencia  
en los pálidos miembros que habían  
sido momentos antes su deleite.  
«No me dejes así, desconsolada,  
solitaria y demente, como mudo  
relámpago a una noche sin estrellas.  
¡Ay, no me dejes!»-exclamaba Urania.  
Con sus gemidos; despertó la muerte  
y la muerte se irguió sonriente y vino  
a encontrar sus inútiles caricias.

## XXVI

«Detente un poco y háblame otra vez,  
bésame lo que un beso durar pueda.  
Dentro, en mi pecho descorazonado  
y en mi ardiente cerebro esas palabras  
y ese beso serán más permanentes  
que todos los recuerdos de mi vida,  
como si fueran una parte tuya  
ahora que tú estas muerto vivirán  
con alimentos de memorias tristes,  
oh, mi Adonai s. Yo lo daría todo  
por estar como tú, no encadenado  
al tiempo que no puede libertarme».

## XXVII

«Oh, gentil niño, si eras tan hermoso,  
¿por qué tan pronto dejas los senderos  
pisados por el hombre? ¿Cómo osaste  
desafiar con puños tan endebles  
aunque con pecho firme, en su antro mismo  
al hambriento dragón? Ay, indefenso,  
¿dónde estaba el escudo reluciente  
de tu saber, la lanza del desdén?  
Si tú hubieras esperado el fin del ciclo  
hasta cuando tu espíritu alcanzara  
la plenitud de tu creciente esfera,  
los monstruos del desierto de la vida  
huyeran ante ti como los gamos».

## XXVIII

«Los lobos en manada son audaces  
sólo cuando persiguen; los obscenos  
cuervos sobre los muertos clamorean  
los buitres sólo fieles al emblema  
del saqueador, no comen sino sobras  
de lo arrasado y de sus alas llueve  
sucio contagio. Cómo huyeron cuando  
tal nuevo Apolo, el Pitio de este tiempo,<sup>2</sup>  
con arco de oro disparó su flecha  
sonriendo después. No insisten nunca  
los despojadores. Viles se doblagan  
hasta besar los pies del orgulloso  
que con desdén altivo los aparta».

---

<sup>2</sup> Probable alusión a Byron. (*N. del E.*).

XXIX

«¡El sol nace y desovan los reptiles;  
se oculta el sol y cada insecto  
antes del alba efímero perece  
al renacer los astros inmortales;  
así en el mundo de los hombres vivos.  
Una mente divina alza su vuelo  
velando el firmamento, desnudando  
la tierra con su gozo y cuando cae  
los míseros enjambres que nublaban  
o compartían su luz a futuros  
iguales esplendores abandonan  
la pavorosa noche del espíritu».

XXX

Cesó de hablar Urania. Los pastores  
rotas las mantas mágicas venían  
por los montes, marchitas las guirnaldas.  
El peregrino de lo eterno, cuya  
fama se inclina igual que un alto cielo  
sobre su viva frente -monumento  
prematureo y durable- llegó triste,  
velando los fulgores de su canto.  
De su áspero dominio Irene infausta  
al más dulce liróforo le envía,  
con el amor las penas aprendieron  
a caer de sus labios hechas música.

## XXXI

Entre las menos destacadas, una  
forma débil llegó, para los hombres  
fantasma, solitaria nube última  
de agónica tormenta que tronase  
como doblan a muerto las campanas.  
Yo pienso que ya había contemplado  
la desnuda hermosura de la tierra,  
nuevo Acteón vagaba sin destino  
recorriendo con débiles pisadas  
el desierto del mundo, y a lo largo  
del áspero sendero lo seguían  
sus propios pensamientos, cual rabiosos  
perros, tortura y causa de su vida.

XXXII

Un alma de león hermosa y ágil  
un amor disfrazado de tristeza,  
un poder que se juzga débil y  
casi no puede levantar el peso  
de la superyacente hora; lámpara  
que muere, lluvia que cae, oleaje  
roto antes que la voz mientras hablamos.  
Sobre la mustia flor el sol sonrío  
aunque muerte le da. En las mejillas  
arde la vida en sangre aunque en el pecho  
el corazón se está resquebrajando.

## XXXIII

Coronaban su frente pensamientos  
marchitos y violetas jaspeadas,  
blancas y azules que languidecían;  
con piñón de ciprés el ágil tirso,  
ceñida el astra ruda con las trenzas  
sombrias de la yedra y goteando  
con rocío de selva al mediodía,  
vibraba con el pulso interminable  
del corazón que hace temblar la débil  
mano que lo empuñaba. Del cortejo  
venía el último, aparte y solo,  
ciervo desamparado por la grey  
que derrumbó la flecha cazadora.

## XXXIV

A su roto gemido, apartados,  
el noble grupo sonreía entre lágrimas  
llorando el propio en el destino ajeno  
así cantaba aquél nuevas angustias  
con acentos de un mundo no sabido.  
Urania triste, vuelta al extranjero,  
«¿Quién eres?», murmuró. Él, nada dijo,  
con mano presta desnudó su frente,  
señalada y sangrienta, ¡ ay dolor!  
como la de Caín o la de Cristo.

XXXV

¿Qué suave voz se apaga sobre el muerto?  
¿Cuál frente esconde aquel sombrío manto?  
¿Qué figura se inclina tristemente  
y junto al blanco lecho finge duro  
monumento, y en duelo el corazón  
sin una queja trémulo palpita?  
Sí, es él, el más dulce de los sabios;<sup>3</sup>  
amor, letras, consuelo dio al ausente,  
no con suspiros ásperos turbemos  
silencio de tan grato sacrificio.

---

<sup>3</sup> El crítico Leigh Hunt (*N. del E.*).

## XXXVI

Bebió nuestro Adonái s, ¡ ay!, el veneno.  
¿Qué criminal vipéreo y sordo pudo  
con tal licor de angustia coronar  
la copa matutina de la vida?  
Ya el gusano sin nombre se condena;  
sintió el veneno, mas pudo librarse  
del mágico cantar que conjuraba  
maldad, odio y envidia, y que clamaba  
desde aquel pecho solitario y único,  
mudo ya en esperanza de canciones;  
helada la maestra mano y sueltas  
están las cuerdas del laúd de plata.

XXXVII

Tú, cuya infamia nunca será gloria,  
mancilla oscura en nombre memorable,  
vive, no temas un peor castigo.  
Sé tú mismo y conócete cual eres,  
y cuando llegue la hora y se desborden  
tus colmillos, descarga tu ponzoña  
asco y remordimiento irán contigo,  
la encendida vergüenza quemará  
tu frente oculta y entonces como ora  
has de temblar cual perro fustigado.

XXXVIII

No lloremos, si aquel, deleite nuestro,  
lejos voló de los voraces buitres  
que abajo graznan. Ora vela y duerme  
al lado de los muertos perdurables.  
No podrás ascender hasta tu trono.  
El polvo al polvo, mas el alma pura  
fluye de nuevo a la encendida fuente  
donde brotó pedazo de lo eterno,  
y ha de brillar igual, inextinguible,  
atravesando tiempo y accidente,  
mientras ahogan tus cenizas frías  
la miserable lumbre del oprobio.

XXXIX

Callad, que no está muerto ni dormido;  
despertó ya del sueño de la vida.  
Perdidos en visiones tempestuosas  
y armados contra espectros sostenemos  
contienda estéril y en delirio loco  
el puñal del espíritu clavamos  
en el vacío invulnerable. Si,  
cruelles despojos sepultos decaemos,  
el temor y la angustia día a día  
nos crispan y consumen, y esperanzas  
friolentas cual gusanos hormiguean  
en la entraña del barro que vivimos.

## XL

Ascendió más allá de las tinieblas  
de nuestra noche; envidia ni calumnia,  
odio, dolor, ni esta inquietud que el hombre  
llama placer le tocan ni le hieren;  
se libró del contagio de esta lenta  
mancha del mundo, y no podrá ya nunca  
gemir en vano cuando el tiempo torne  
helado el corazón, gris la cabeza,  
ni al dejar de arder el alma misma  
llenarán sus cenizas sin fulgor,  
una desamparada por el llanto.

## XLI

Vive, vela. No lloréis por Adonáis.  
La muerte murió, no él. Tú, joven  
amanecer, enciende tu rocío,  
no se ha ido el espíritu que lloras;  
vosotras, grutas, selvas, no gimáis,  
ni vosotras, flores y fuentes lánguidas.  
Y tú, aire, que extiendes como un velo  
de dolor tu cendal sobre la tierra  
desolada, desnúdala hasta el alto  
fulgor en que sonríen los alegres  
astros a su fatal desesperanza.

XLII

Ya se fundió con la naturaleza;  
la voz de él, suena en toda su armonía,  
del gemido del trueno al dulce pájaro  
de la noche; se siente y reconoce  
su presencia en la luz y la tiniebla,  
en la hierba y la roca, y se difunde  
doquiera que palpita ese poder  
que recogió su vida y cuyo amor  
sin desmayo conduce y rige el mundo  
lo sostiene en su mano y lo ilumina.

## XLIII

Parte es de la belleza que otros días  
hizo más bella; está con el espíritu  
cuya potencia plástica recorre  
la entraña del espeso mundo inerte  
y crea desde allí todas las formas  
que revisten las nuevas sucesiones,  
y tortura a la escoria en rebeldía  
que se resiste al vuelo que la encumbra  
a su alta identidad, según la masa  
la comparte, y estalla esplendorosa  
en todo su vigor y su belleza  
desde el árbol, las bestias y los hombres  
hasta la luz del cielo.

## XLIV

Fulgor del firmamento de los tiempos  
es eclipsado, pero no extinguido;  
asciende y se remonta cual los astros  
a su fija altitud; neblina baja,  
la muerte que no empaña el resplandor  
que vela. Si sublime pensamiento  
a un corazón joven toca y levanta  
de su cubil mortal, y amor y vida  
se disputan en él por su destino  
en la tierra -allí los muertos viven  
y se mueven cual ráfagas de luz  
en un aire de sombra y tempestad.

XLV

Herederos de fama no cumplida  
de su trono erigido más allá  
del pensamiento mortal, en el reino  
de lo inaparente, se levantan.  
Es el pálido Chatterton, en él  
aún no se desvanece su agonía  
solemne; Sidney, tal como en la lucha  
y la derrota y en amor y vida,  
sublime en su ternura y un espíritu  
sin tacha, se acercó después, Lucano,  
que en prueba dio su muerte. A su vista  
se escabulle el olvido como réprobo.

## XLVI

Y otros, oscuros nombres de la tierra,  
mas cuyo trasfundido efluvio nunca  
morirá mientras el fuego sobreviva  
a la chispa original, revestidos  
en la inmortalidad deslumbradora,  
acércanse: «Ya estás entre nosotros  
-exclaman- esperándote esa esfera  
sin monarca hace tiempo giraba  
en el cielo del canto, sola, muda  
y ciega en su vacía majestad.  
Y pues llegas, Lucero de la tarde,  
tu trono alado ocupa en nuestra corte».

## XLVII

Quién llora así por Adonáis? Suspende,  
pobre infeliz, tu llanto y piensa en ti  
y en lo que él es ahora. Y envuelva  
tu alma ardiente la tierra suspendida  
y de allí como flechas luminosas  
el poder espacioso de tu espíritu  
traspase el litoral del universo  
hasta que colme su ámbito vacío  
y retorne después a un solo punto  
de estas noches y días de nosotros,  
mas si encendiéndose las esperanzas  
te atraen al confín, para no hundirte  
aligera el pesado corazón.

XLVIII

O ve a Roma, sepulcro no suyo  
mas de nuestra alegría. En vano  
fue que edades, imperios, religiones  
descansen enterradas en las ruinas  
que labraron; la gloria puede darla  
él y los suyos, pero nunca aquellos  
que el mundo convirtieron en su presa.  
En el círculo está de los monarcas  
del pensamiento que pugnaron siempre  
contra la decadencia de su siglo,  
y el pasado sólo ellos no trascienden.

XLIX

A Roma ve, que es tumba y paraíso  
y ciudad y desierto; sus escombros  
se elevan cual montañas sacudidas,  
y las hierbas en flor y las fragantes  
malezas engalanan el osario  
de la desnuda desolación -sigue  
hasta que el genio del lugar te lleve  
al talud verdecido que en su prado,  
cual sonrisa infantil, sobre los muertos  
derrama un grato resplandor de flores.

## L

Y tapias grises en tomo se derrumban  
comidas por las horas indolentes  
como tizón blancuzco en fuego sordo.  
Y ágil pirámide de trazo excelso,  
pabellón que custodia las cenizas  
del que soñó ese asilo a su memoria,  
alza su flama convertida en mármol.  
Y abajo, en la pradera, fresca banda  
que plantó en la sonrisa de los cielos  
su campo fúnebre, acoge dulce  
con apagado aliento al que perdimos.

LI

Detente aquí. Muy jóvenes son estas  
tumbas y todavía no han vivido  
el dolor que pesaba en cada una,  
mas no rompas el sello que cegó  
el surtidor de un alma dolorida,  
pues hallarás si a tu mansión regresas  
tu propia fuente derramando lagrimas.  
Contra las agrias ráfagas del mundo  
busca asilo en la sombra de una tumba.  
¿Por qué temer la Suerte de Adonai s?

## LII

Lo uno queda, lo vario muda y pasa.  
La luz del cielo es resplandor eterno,  
la tierra sombra efímera. La vida  
cual cristalino domo de colores  
mancha y quiebra la blanca eternidad  
esplendorosa hasta que cae  
a los pies de la muerte en mil pedazos.  
Para encontrar lo que persigues, ¡muere!  
¡ Sigue la vía de todo lo que huye!  
Flores, ruinas, el cielo azul de Roma,  
estatuas, melodías y palabras  
no alcanzan la verdad resplandeciente  
de la gloria que viven y trasfunden.

## LIII

¿Por qué esperas y vuelves y resistes?  
Se fueron, corazón, antes de ti  
tus esperanzas y dejaron todas  
las cosas de la tierra. ¡Parte ya!  
Pasó una luz en el rodar del año,  
pasó para los hombres y mujeres.  
Todo lo grato que en el mundo queda  
atrae para perder y se resiste  
para agotar tu vida lentamente.  
Sonríe el cielo plácido, murmura  
cerca el viento. Es Adonai s que llama.  
Vuela con él, que la vida no aparte  
lo que unirá la muerte para siempre.

## LIV

Este fulgor cuya sonrisa inflama  
al universo, esta pura belleza  
en que las cosas obran y palpitan,  
esta gracia que nunca extinguirá  
la maldición oscura del nacer,  
este perenne amor que entre las mallas  
que ciegamente van tramando  
hombres, bestias y tierra y mar y cielo  
refulge esplendoroso o mortecino,  
pues todo es un reflejo de la lumbre  
que apaga nuestra sed, brilla ora en mí  
y consume las nubes de esta fría  
mortalidad, olvidadas y solas.

LV

Desciende a mí la vida cuya  
esencia invocó el canto. Lejos de la playa  
la barca de mi espíritu deriva,  
muy lejos de la turba temblorosa  
que nunca dio su vela al huracán.  
¡La tierra ponderosa se desgaja  
de la celeste esfera! Voy llevado  
a lejanías de pavora y sombra,  
mientras en lo más íntimo del cielo  
el alma de Adonáis como una estrella,  
fulgura en su mansión de eternidad.

(*TRAD.* MANUEL  
ALTOLAGUIRRE  
y ANTONIO CASTRO  
LEAL)

O T R O S   P O E M A S

A...

La música, al morir en notas tiernas,  
Continúa vibrando en la memoria;  
Los perfumes, si enferman las violetas,  
Reaniman los sentidos en que moran;  
Las hojas libres, si la rosa rnuere,  
Van a posarse sobre el lecho amado;  
Y así, en tus pensamientos, cuando vuelas,  
Quedará el Amor mismo dormitando.

(TRAD. F.  
MARISTANY)

A UNA ALONDRA

¡ Sé bienvenido, jubiloso espíritu!  
No fuiste nunca un pájaro,  
tú, que desde los cielos o cerca de sus lindes,  
el corazón derramas  
en profusos acentos, con arte no pensado.

Alta, siempre más alta,  
de la tierra te lanzas  
como nube de fuego;  
por el azul revuelas  
y cantando te ciernes y, cerniéndote, cantas.

En dorados relámpagos  
del sol, ya trasmontado,  
donde se encienden nubes,  
flotas tú y te deslizas  
como gozo sin cuerpo que empieza su carrera.

La tardecita pálida y purpúrea, en torno  
de tu vuelo se funde:  
como estrella del cielo,  
al ser día, invisible eres tú,

pero escucho tu voz dulce y aguda,

fina como las flechas  
de la esfera de plata,  
cuya viva luz mengua  
en la blanca alborada,  
y ya, sin verla apenas, lejana la sentimos.

Todo el aire y la tierra  
de tus trinos se colman:  
así, en la noche pura,  
desde una nube sola,  
derrama luz la luna y se inundan los cielos.

No sabemos quién eres.  
Y a ti más parecido  
¿qué habrá? De la irisada nube no fluyen nunca  
gotas tan radiantes,  
como de tu presencia nos llueven melodías.

Así un poeta oculto  
en luz de pensamientos,  
que entona sus canciones,  
hasta sentir el mundo  
temores y esperanzas que no advirtiera nunca.

Así una alta doncella  
en torre de un palacio,  
que alivia pesadumbres  
de amor secretamente, con música tan dulce  
como el amor, fluyendo de su estancia.

Tal dorada luciérnaga  
en valle de rocío,  
que esparce, sin ser vista,  
aéreos, sus fulgores,  
entre flores y hierbas que a los ojos la ocultan.

Cual rosa retirada  
entre sus hojas verdes,  
deshojada por brisas  
tibias, hasta que siente desmayo, por exceso  
de aroma, sus ladrones de vuelo fatigado.

Al son de los chubascos  
de primavera, en hierbas relucientes,  
flores despertadas por la lluvia,  
todo lo que hubiere  
de alegre, claro y fresco, tu música aventaja.

Dinos, ave o espíritu,

tus dulces pensamientos:  
nunca oí una alabanza  
del amor o del vino,  
que tan divino arrobo, ardiente, derramara.

Los coros de Himeneo,  
los cantos de victoria,  
junto a los tuyos fueran  
ostentación vacía,  
aquello en que se siente alguna falla oculta.

¿Qué objetos son la fuente  
de tu feliz gorjeo?  
¿Qué campos, ondas, montes?  
¿Qué cielos o llanuras?  
¿Qué amor de semejantes y qué ignorar de  
penas?

En tu alegría clara no caben  
languideces; la sombra de la angustia  
nunca a ti se ha acercado:  
amas y el triste hastío de amor nunca supiste.

En vigilia o dormida,

pensarás de la muerte  
cosas más ciertas y hondas  
que nosotros, mortales:  
si no, ¿cómo brotará tu arroyo cristalino?

Miramos antes, luego;  
lo que no es lloramos:  
nuestra risa más clara  
se mezcla con suspiros;  
da los más dulces cantos nuestro pensar más  
triste.

Mas si hiciéramos burla  
de orgullo y odio y miedo;  
si hubiésemos nacido  
para no llorar nunca,  
no sé si llegaríamos tan cerca de tu gozo.

Mejor que todo verso  
de sones deliciosos,  
mejor que las preseas  
de los libros, tu arte  
será para el poeta, ¡ tú, que al suelo escarneces!

Si un poco me dijeras

del gozo que tú sabes,  
tal locura armoniosa  
brotara de mis labios,  
que, como yo te escucho, el mundo escucharía.

(*TRAD.* M. MANENT)

LO PASADO

I

¿Olvidarás las horas de ventura  
que en el grato jardín de los amores  
enterramos los dos solos y tristes,  
cegando la aterida sepultura  
con tiernas hojas y nevadas flores?  
Flores que eran los goces del pasado,  
y hojas que eran las dulces esperanzas,  
los sueños de placer que no han volado.

II

¿Olvidar lo que ha muerto? ¡Oh!,  
todavía  
quedan espectros que vengarlo puedan,  
recuerdo que terribles  
hacen del corazón tumba muy fría,  
pesares que vagando  
por la tristeza que las almas llena,  
a nuestro oído llegan murmurando:

P E R C Y   B Y S S H E   S H E L L E Y

¡La dicha que se va truécase en pena!

(*TRAD.* MANUEL GONZALEZ PRADA)

FILOSOFÍA DEL AMOR

¡La fuente se une al arroyo,  
el arroyo se une al mar  
y las brisas y las auras  
unidas vienen y van.  
Si por ley del Universo  
no hay un ser en soledad;  
si todo se une con algo  
¿por qué unida a mí, no estás?

Los montes besan al cielo,  
besos las olas se dan,  
la flor desde a las flores,  
que no besan a su igual;  
rayos de sol y de luna  
besan la tierra y el mar:  
y ¿qué vale tanto beso  
si no me besas jamás?

(TRAD. MANUEL GONZález PRADA)

LA SERENATA INDIA

Durante el primer sueño de la noche  
Soñando en ti mi corazón se eleva,  
Mientras sopla suave y manso el viento  
Y en el cielo titilan las estrellas.

Soñando en ti, mi corazón se arroba  
Y un dulce espíritu que en mi estancia vaga,  
Me conduce -quién sabe por qué medios-  
Hasta el mismo dintel de tu ventana.

Languidece el errante cefirillo  
Entre tinieblas; el silencio fluye;  
El ampac entre vapores va exhalándose  
Tal como el sueño en pensamientos dulces.

El plañir de los tristes ruseñores  
Sobre su propio corazón se apaga...  
-Tal quisiera extinguirme sobre el tuyo,  
¡Oh, dulcísima prenda de mi alma!

Ven, bien mío, levántame del césped;  
Desmayo, desfallezco de abandono;

Dame tu amor en deliciosa lluvia  
De besos en los labios y en los ojos.

Mis mejillas están frías y pálidas;  
Me late con violencia el corazón...  
¡Ay, sobre el tuyo una vez más estréchalo,  
Y al fin se quebrará, mi dulce amor!

(*TRAD.* F. MARISTANY)

AMOROSA

Reseda y heliotropo,  
¿por qué mandas, señora? ¡Extraño afán!  
De salud y de amor símbolo, ¿ignoras  
que en la misma guirnalda  
mal unidos están?

Vienen húmedos... lágrimas  
o besos tuyos, ¿hay acaso aquí?  
Que lleven la fragancia a huerta y flores  
cosa es que nunca vi.

La misma duda inspírame  
ésta, más cara aún al corazón,  
melancolía, y los suspiros trémulos  
de mi pecho, y el llanto  
dulce que por ti vierte mi aflicción.

(*TRAD.* MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA)

HIMNO DE PAN

I

De las altas tierras y bosques  
hoy venimos, venimos;  
de las islas ceñidas de ríos,  
donde, bravas, las ondas se callan,  
escuchando mí flauta tan dulce.  
Todo viento, en los juncos y cañas,  
y la abeja en la flor del tomillo,  
en arbustos de mirto los pájaros,  
la cigarra en limeros subida,  
los lagartos abajo, en la hierba,  
más que Tmolus, el viejo, callaban,  
escuchando mí flauta tan dulce.

II

El líquido Peneo fluía  
y el Tempé estaba oscuro, a la sombra  
del Pelión, que ya dominaba  
el ocaso más rápido huyendo  
por el son de mi flauta tan dulce.

Los silenos, silvanos y faunos  
y las ninfas de ríos y selvas,  
en la orilla de prados mojados  
o en las cuevas que cubre el rocío,  
y así todo el cortejo, callaban  
por amor, como callas, Apolo,  
envidiando mi flauta tan dulce.

III

Los danzantes luceros, cantaba,  
y la Tierra, como un laberinto,  
y los cielos, las guerras enormes  
del Amor y el Nacer y la Muerte.  
Mudé luego mi canto: era un Ménalo,  
en un valle -canté-: perseguía  
a una joven y obtuve una caña.  
¡Así engañan a humanos y dioses!  
Se nos quiebra en el pecho y sangramos:  
y lloraron. Y así lloraríais  
si la envidia o la edad no os helaran,  
al plañir de mi flauta tan dulce.

(*TRAD.* M. MANENT)

A LA ALEGRÍA

¡Espíritu sutil de la Alegría,  
¡Cuán pocas veces te llegaste a mí!  
¿Por qué, noche tras noche y día tras día,  
Desampararme así?  
¡Cuánta cansada noche y día triste,  
Espíritu vital, no bien huiste!

¿Cómo será que vuelvas, ni que vibres  
En sombras de mi alma, tu fulgor,  
Si tú con los dichosos y los libres,  
Te ríes del dolor?  
¡Espíritu falaz! tu gloria esmalta  
Sólo las vidas a quien no haces falta.

Como la cierva si crujió una hoja,  
Te das ante los males, a temblar.  
Aun el menor suspiro de congoja  
Te viene a reprochar  
Que ni a la pena asistas ni al gemido  
El que se exhala, prestes el oído.

¡Déjame alzar con melodía nueva,

Limpia y jovial, mi tenebroso canto!  
No que a escucharme la piedad te mueva:  
Te moverá el encanto.  
Mas, corte la piedad las crueles alas  
Con que en remoto azul siempre resbalas.

Pues son también los tuyos mis amores,  
Oh Espíritu sutil de la Delicia;  
La fresca Tierra en nítidos verdores,  
La noche y la caricia  
Vesperal del otoño, y la alta aurora  
Que pájaros concierta y brumas dora.

Amo la nieve, el iris con que sabe  
La viva escarcha abrillantar el mundo;  
La nube, la onda azul, la brisa suave  
Y el retronar profundo:  
Cuanto hay exento de miseria humana  
En la naturaleza soberana.

Amo la soledad de alas tranquilas,  
De la amistad la pervivencia fiel;  
Mi espíritu te copia: ¿qué vacilas  
En hermanarte a él?  
Pero, insensible tú, guardas lejano

Cuanto amo a par de ti y anhelo en vano.

Y amo el Amor, aunque en sus alas de oro,  
Tenga de un relámpago su albor.

Pero ante todo, Espíritu, te adoro:

Tú eres vida y amor.

¡Oh, ven, y haz tu mansión del alma mía,  
Espíritu inmortal de la Alegría!

(*TRAD.* CARLOS OBLIGADO)

OZYMANDIAS DE EGIPTO

¡Hallé un viajero que la vuelta hacía  
de un antiguo país y así me dijo:  
«De pie sobre la arena del desierto,  
en el busto que un tiempo sostenían,  
hay dos enormes piernas de granito:  
de ellas no lejos, enterrada un tanto,  
yace rota cabeza. Altiva frente  
plegado labio, irónica sonrisa,  
de frío imperio a revelar alcanza  
cuan bien el escultor sintió pasiones,  
cuyo sello, infundido a la materia,  
sobrevive a la mano que las finge  
al corazón, cuyo alimento fueron.  
El pedestal conserva aquel escrito:  
«Mi nombre es Ozymandias, rey de reyes;  
del Universo potestades, mi obra  
ved y desesperad»; y allí no hay nada,  
y de la ruina colosal en tomo  
tienden, ¡ limitadas y desnudas,  
su nivel solitario las arenas.

(TRAD. MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA)

VINO DE HADAS

Me embriagué de aquel vino de miel  
del capullo lunar de zarzarrosa,  
que recogen las hadas en copas de jacinto;  
los lirones, murciélagos y topos  
duermen entre los muros o en la hierba,  
en el patio desierto y triste del castillo;  
cuando el vino derraman en la tierra de estío  
o en medio del rocío se elevan sus vapores,  
de alegría se colman sus venturosos sueños  
y dormidos, murmuran su alborozo; pues pocas  
son las hadas que elevan esos cálices tan nuevos.

(*TRAD.* M. MANENT)

## ODA A NÁPOLES

En la ciudad desenterrada estuve  
y las hojas de otoño escuché, como pasos  
leves de sus espíritus en las calles; y oía,  
a intervalos, la voz soñolienta del Monte,  
estremeciendo aquellas estancias sin amparo:  
el trueno oracular sacudió penetrante,  
al alma que escuchaba, en mi alma suspensa.  
Conocí que me hablaba la Tierra en su profundo  
corazón, mas no oía. Entre columnas blancas  
resplandecía el mar, sosteniendo a la isla,  
llano de luz en medio de dos cielos azules.  
Había en tomo mío los sepulcros radiantes,  
cuya belleza pura el Tiempo, como a gusto  
perdonando a la Muerte, dejó intacta.  
Tan claros eran todos los perfiles  
como en la mente misma del escultor; y allí  
las guirnaldas de mirto, yedra y pino de mármol,  
como invernales hojas que moldeó la nieve,  
no crecer ni moverse parecían,  
sólo porque el silencio cristalino del aire  
en su vida pesaba; así el Poder divino,  
que lo aquietaba todo, cerníase, en la mía

ADONAIS Y OTROS POEMAS

(*TRAD.* M. MANENT)

LA MUERTE

I

No hay sitio que la muerte silenciosa  
no recorra veloz con pasos ciertos;  
nada su marcha detener consigue,  
y nosotros también estamos muertos.

II

Ella con mano fuerte ha colocado  
su sello aterrador en nuestra frente;  
en todo lo que pasa por el mundo  
está la marca sepulcral latente.

III

Cuando han muerto el placer y la esperanza  
aléjase el temor del pecho herido;  
después que ya esa deuda se ha cumplido  
el polvo llama al polvo y nos alcanza  
de la fosa el abrazo entumecido.

IV

Todo cuanto queremos en el mundo

lo mismo que nosotros desaparece;  
Ésa es la ley tirana que nos rige.  
¿No es cierto que el amor también perece?

(*TRAD.* JUAN E. ARCIA)

PROMETEO DESENCADENADO

Tú bajaste, entre todas las ráfagas del cielo:  
al modo de un espíritu o de un pensar, que  
agolpa  
inesperadas lágrimas en ojos insensibles,  
o como los latidos de un corazón amargo  
que debiera tener ya la paz, descendiste  
en cuna de borrascas; así tú despertabas,  
Primavera, ¡oh nacida de mil vientos! Tan súbita  
te llegas, como alguna memoria de un ensueño  
que se ha tomado triste, pues fue dulce algún  
día,  
y como el genio o como el júbilo que eleva  
de la tierra, vistiendo con las doradas nubes el  
yermo de la vida.  
La estación llegó ya, y el día: ésta es la hora:  
has de venirte cuando sale el sol, dulce hermana:  
¡llega al fin, deseada tanto tiempo, y remisa!  
¡Qué lentos, cual gusanos de muerte, los  
instantes!  
El punto de una estrella blanca aun tiembla,  
en lo hondo de esa luz amarilla del día que se  
agrandada

tras montañas de púrpura: a través de una sima  
 de la niebla que el viento divide, el lago oscuro  
 la refleja; se apaga; ya vuelve a rutilar  
 al desvairse el agua, mientras hebras ardientes  
 de las tejidas nubes arranca el aire pálido:  
 ¡ se pierde! Y en los picos de nieve, como nubes,  
 la luz del sol, rosada, ya tiembla. ¿No se oye  
 la eólica música de sus plumas, de un verde  
 marino, abanicando al alma carmesí?...

(TRAD. M. MANENT)

EL TIEMPO

¡Mar sin fondo, cuyas olas son los años  
fugitivos!

¡Mar del Tiempo, cuyas aguas, de dolor y de  
tormento,

se amargaron con el llanto que derraman los  
cautivos!

¡Hondo piélago sin costas que en tu raudo  
movimiento con la muerte has de tocar!

¡Y aún, ahíto de rapiña, pides más con saña  
fiera, y vomitas tus despojos en la inhóspita  
ribera!

Traicionero en la bonanza y en la tempestad  
terrible,

¿quién de ti podrá escalar,  
insondable y ancho mar?

(*TRAD.* NARCISO ALONSO CORTÉS)

## EL ESPÍRITU DEL MUNDO

En lo hondo, muy lejos del borrascoso camino  
que la carroza seguía, tranquilo como un infante  
en el sueño,

yacía, majestuoso el océano.

Su vasto espejo silente ofrecía a los ojos

luceros al declinar, ya muy pálidos,

la estela ardiente del carro

y la luz gris de cuando el día amanece,

tiñendo las nubes, a modo de leves vellones,

que entre sus pliegues al alba niña acunaban.

Parecía volar la carroza

a través de un abismo, de un cóncavo inmenso,

con un millón de constelaciones radiante, teñido  
de colores sin fin

y ceñido de un semicírculo

que llameaba incesantes meteoros.

Al acercarse a su meta,

más veloces aún parecían las sombras aladas.

No se columbraba ya el mar; y la tierra

parecía una vasta esfera de sombra, flotando

en la negra sima del cielo,

con el orbe sin nubes del sol,

cuyos rayos de rápida luz  
dividíanse, al paso, más veloz todavía, de aquella  
carroza  
y caían, como en el mar, los penachos de  
espuma  
que lanzan ondas hirvientes  
ante la proa que avanza.

Y la encantada carroza su ruta seguía.  
Orbe distante, la tierra era ya  
el luminar más menudo que titila en los cielos,

y en tanto en la senda del carro,  
vastamente rodaban sistemas innúmeros  
y orbes sin cuento esparcían,  
siempre cambiante su gloria.  
¡Maravillosa visión! Eran curvos algunos, al  
modo de cuernos  
y como la luna en creciente de plata, pendían  
en la bóveda oscura del cielo; esparcían  
otros un rayo tenue y claro, así Héspero cuando  
en el mar  
brilla aún el Poniente, apagándose; más allá se  
arrojaban

otros contra la noche, con colas de trémulo  
fuego,  
como esferas que a la ruina, a la muerte  
caminan;  
como luceros brillaban algunos, pero al pasar la  
carroza,  
palidecía toda otra luz.

(*TRAD.* M.  
MANENT)

## EPIPSYCHIDION

... Emilia flota ahora un bajel en el puerto,  
se cierne un viento sobre la frente de los montes;  
cruza una senda el piso azulado del mar,  
y no surcó hasta ahora quilla alguna esta senda.  
Los alciones meditan en islas sin espumas  
y el engañoso océano sus tretas allí olvida.  
Los alegres marinos son allí osados, libres.  
Dime ¿querrás venir conmigo, dulce hermana?  
Nuestro bajel es un albatros cuyo nido  
está en Edén lejano, en levante de púrpura;  
iremos en sus alas y entre tanto, la Noche  
y el Día y la Borrasca y la Calma, ministros  
serán para nosotros en ese mar sin límites,  
el uno en pos del otro, mas sin saberlo nunca.  
Sé de una isla, en jónicos celajes amparada,  
bella como un salvado rincón del Paraíso  
y, no siendo sus puertos ni buenos ni seguros,  
aquel país se hubiera quedado en soledades,  
a no ser unos pocos pastores que allí nacen  
y que en el aire elíseo, claro y dorado, beben  
de los dorados tiempos como el postrer espíritu,  
vivaces y sencillos, osados e inocentes.

Azul, ciñe el Egeo ese escogido hogar,  
 con murmurar que cambia siempre y luces y  
 espumas,  
 besando las cernidas arenas y las blancas  
 cavernas; y los vientos que vagan por la orilla  
 ondulan dulcemente, como las mismas ondas.  
 Hay allí densos bosques donde formas selváticas  
 discurren; y unas fuentes, arroyuelos y estanques  
 transparentes como un diamante elemental  
 o serenos como aire matinal; y más lejos,  
 los senderos musgosos de las cabras y ciervos  
 (que el rústico pastor sigue una vez al año)  
 conducen a los claros y a cavernas y umbrías;  
 y cámaras, que ciñe la yedra y las cascadas  
 alumbran, con murmullo incesante acompañan  
 a ruiseñores del mediodía. Y discurren  
 por todo aquel lugar unas brisas muy dulces;  
 el elemento leve y claro de la isla  
 se hace denso de aromas de limonero en flor,  
 que flotan como niebla, cargada de invisibles  
 lloviznas, en los párpados cayendo como un  
 sueño.

Y asoman en el musgo junquillos y violetas,  
 que el cerebro traspasan con saetas de aroma

hasta que, en un sufrir deleitoso, desmayes.  
 Y todo movimiento y olor, luz y sonido  
 con aquella profunda música van acordes,  
 que es un alma en el alma -y dijérase que son  
 como ecos de un sueño prenatal, lejanos.

Entre el cielo y la tierra, el aire y el mar,  
 se mece aquella isla, suspensa en la paz clara:  
 brilla, así en el Edén Lucifer vagabundo,  
 lavada por océanos azules de aire joven.  
 Es lugar elegido. Ni el Hambre ni las Plagas,  
 ni la Peste o la Guerra o el Temblor, posan  
 nunca  
 la planta en sus picachos; buitres ciegos, navegan  
 más allá, hacia lo lejos, en su terrible ruta;  
 las aladas borrascas, su salmodia de truenos  
 ofreciendo a otras tierras, dejan simas azules  
 de paz sobre la isla, o lloran su rocío,  
 que renueva los campos y bosques, para siempre,  
 en su inmortalidad verdeante y dorada.  
 Y se elevan del mar o del celaje llegan  
 unos claros vapores, suaves y brillantes,  
 velo tras velo, todos ocultando delicias:  
 mas los aparta el sol, o la luna o la brisa,  
 hasta que su hermosura la isla, como novia

desnuda, resplandece con su gracia y su amor,  
colorada y temblando de excesiva ventura.

Pero, como una lampara sepultada, hay un

Alma

que arde en el corazón de esa isla tan dulce,  
átomo de lo Eterno que esparce su sonrisa,  
y sentirla pudiérais, aunque sin verla en rocas  
grises y en las azules ondas y en bosques verdes,  
llenando sus grietas desnudas y vacías.

Pero la maravilla que guarda aquel desierto  
es una solitaria morada: ni las rústicas  
gentes de aquella isla saben por quién se alzara  
ni cuándo; baluarte no es, aunque más alta  
que los bosques se eleve; mas, para su deleite,  
algún prudente y tierno Rey del Mar, cuando el

crimen

no conocía el hombre, en la niñez del mundo,  
la hizo, y fue el asombro de los sencillos

tiempos,

envidia de las islas y casa deleitosa,  
que sagrada se hizo a la esposa o a la hermana.  
Vestigio no parece del arte de los hombres,  
sino como un recuerdo titánico; en la entraña  
de la tierra adquiriendo su forma, y desprendida  
luego de las montañas, de las rocas vivientes,

irguiéndose en cavernas luminosas y altas.

Pues todas las imágenes tan sabias, de aquel  
tiempo

ya desaparecieron borradas, y en su sitio  
veríais cómo enlazan dulcamaras y yedras  
sus masas, con el tallo de innumerables curvas;  
y las flores parásitas alumbran con sus gemas  
de rocío las salas sin luz, y cuando mueren,  
entre las tracerías de invierno el cielo asoma,  
con manchones de luna o átomos de estrella  
o pedazos del día intenso y apacible,  
labrando unos mosaicos de Paros en el suelo.  
Y día y noche, lejos, desde las altas torres  
y terrazas, dijerais que la Tierra y el Mar,  
muy abrazados duermen y en sus sueños hay  
ondas

y flores, nubes, bosques y peñascos y cuanto  
realidad llamamos, leyendo en sus sonrisas.

La isla y la morada son mías y he querido  
que fueses tú la dama de aquellas soledades.  
Y allí algunas estancias hice que dispusieran,  
mirando hacia los aires dorados del Oriente  
y a nivel de las brisas vivientes, que discurren

como ondas, encima de las vivientes ondas.  
 Música y libros hice mandar allí y aquellos  
 instrumentos con que conjuran almas nobles  
 al futuro en su cuna y a los tiempos pasados  
 en su tumba, y que hacen perdurar el presente  
 en pensares y gozos que duermen, mas no  
 pueden  
 morir, pues los envuelve su propia eternidad.  
 Nuestra vida sencilla poco anhela y el gusto  
 Verdadero no alquila al Lujó, esclavo pálido,  
 que en vez de ornar malogra, pues la Naturaleza  
 con su progenie, vive aún en las colinas.  
 La paloma torcaz en la sombría yedra,  
 da su queja amorosa; ciñe un vuelo de búhos  
 la torre de la tarde y estrellas nuevas miran  
 por entre los murciélagos veloces, en su danza  
 crepuscular; los ciervos braman en la frescura  
 lunar, a nuestra puerta; la noche lenta y muda  
 con sus alientos miden, en apacible sueño.  
 Tengamos ese hogar en vida, y cuando cubran  
 los años con marchitas horas, como hojarasca  
 nuestro polvo, seamos el día suspendido,  
 seamos alma viva de esa isla celeste,  
 conscientes, indistintos, uno solo. Entre tanto,  
 nos alzaremos ambos: sentados o en camino,

nos cobijará azul, el techo de ese clima  
jónico, y vagaremos por los prados o iremos  
a los musgosos montes, cuando el cielo se  
inclina,  
con las brisas más leves, a besar a su amante;  
o pasaremos donde la orilla con sus guijas  
bajo los besos raudos y suaves del mar,  
se agita y centellea como en éxtasis; dueños  
y a un tiempo poseídos por todo lo que encierra  
ese tranquilo círculo de ventura, y el uno para el  
otro,  
hasta ser como una cosa misma el amor y la  
vida.

O al mediodía, iremos  
a alguna antigua cueva muy blanca, que parece  
guardar claro de luna cuando expiró la noche,  
y donde nunca asoma, despierto, el día. Velo  
será de nuestro asilo, cual nocturna clausura  
que celará tus luces inocentes con sueño,  
con el sueño, rocío fresco del amor lánguido,  
lluvia que apaga besos y los renueva. Largo  
será nuestro coloquio, y excesiva dulzura  
tendrá la melodía del pensamiento, hasta  
que sin palabras, viva en miradas, saetas  
del mudo corazón, estremecida música

que da calladamente armonía al silencio...

(*TRAD.* M. MANENT)

DOS ANGELES

El ángel de la vida y el de la muerte un día  
pasaron con el alba sobre mi humilde aldea;  
la luz daba en sus rostros; cada cosa parecía  
con el humo un carruaje de penacho que ondea.

Iguales en su aspecto y en su actitud iguales,  
idénticos sus rostros y sus nevadas vestes;  
mas el uno ceñía corona de inmortales,  
el otro de narciso y aureolas celestes.

De súbito pararon el vuelo; con espanto  
dije: «Corazón mío, si lates, con violencia  
descubrirás los seres queridos que amas tanto,  
los seres que hacen dulce y alegre tu existencia.»

Desciende el que narcisos ceñía. Llega, toca  
a mi puerta; mi alma dentro de sí se sume,  
cual fuente que, si tiembla la tierra, por la boca  
de hervoroso mana, al punto se consume.

Reconocí, temblando, las vagas agonías,

las penas que en mi infancia de terror me  
llenaron  
y que en esos momentos feroces y sombríos  
con triplicadas fuerzas de mí se apoderaron.

Abrile por fin la puerta al santo mensajero:  
a oír al Ser Supremo que todo bien ordena  
dispúsemme callado, sin atreverme, empero,  
ni a sonreír de gozo ni a sollozar de pena.

Entonces, con sonrisa que iluminó mi estancia,  
exclama: «Soy el ángel que anuncia sólo vida»;  
y antes de responderle, difundiendo fragancia,  
desapareció dejando mi vida oscurecida.

De tu hogar a las puertas llegóse en el momento  
el ángel que ceñía corona de inmortales,  
y con frases henchidas de tristísimo acento  
pronunció, de la muerte los cantos sepulcrales.

Aquella faz de tu hija, graciosa y perfilada,  
marchitóse y tu pecho se colma de tristeza;  
un ángel entró solo, ¡oh amigo!, a tu morada,  
y dos de allí salieron volando con presteza.

Todo a Dios pertenece. Cuando extiende su  
mano

apíñanse las nieblas, el cielo se encapota,  
hasta que sonriente mira el valle, el Océano,  
desde la oscura nube que huye a la región  
remota.

El ángel de la vida y el ángel de la muerte  
jamás sin tu mandato de la morada abierta  
traspasan los umbrales. ¿Quién pues, con mano  
fuerte  
podrá a sus mensajeros cerrar audaz la puerta?

(*TRAD.* RUPERTO S. GOMEZ)